



Un escenario de la vida intelectual: *centro editor de América Latina*

Autor:

Cohen Imach, Victoria

Revista:

Boletín de reseñas bibliográficas

1997, 5/6, 121-130



Artículo



UN ESCENARIO DE LA VIDA INTELECTUAL: *CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA*¹

por Victoria Cohen Imach
Universidad Nacional de Tucumán

El itinerario de una institución cultural queda inscripto en ese orden hoy inmutable, despojado de aura, de sus catálogos o manifiestos.² Tras su inmovilidad presente late, sin embargo, la historia de las relaciones de quienes en el pasado los diseñaron, animados por una común estructura de sentimiento.³

Orientado hacia el estudio de tales relaciones, este trabajo se propone analizar algunos rasgos específicos del grupo que funda y materializa las publicaciones del Centro Editor de América Latina, en Buenos Aires, entre las décadas del sesenta y del ochenta, en particular de la fracción integrada por sus miembros más jóvenes. Parte de considerar que la editorial representa para sus integrantes un refugio frente a las condiciones de producción vigentes en Argentina durante las etapas 1966-1973, 1973-1976, 1976-1983: constituye, como ha visto Silvia Sigal, uno de esos frecuentes espacios privados de supervivencia creados por los intelectuales del país cuando una interferencia político-estatal los expulsa o determina su voluntario alejamiento de las instituciones públicas en las que desenvuelven su actividad.⁴

Para los numerosos miembros que en el grupo proceden de ella, la universidad no puede ser ya un espacio de consagración. En estos años, a partir del golpe encabezado por Onganía, aparece como territorio jaqueado por un "bloqueo tradicionalista".⁵ La breve primavera de Cámpora no permite sino algunas inserciones y el clima general, marcado por el populismo, no las favorece. Poco después, las cesantías son norma común y muchos de sus docentes o investigadores quedan confinados a la actividad no estatal o al exilio.⁶

El proyecto original esbozado por su fundador, José Boris Spivacow, junto a una parte del equipo renunciante de la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) en 1966, concibe a Centro Editor como institución *alternativa* a la universidad intervenida, aunque desplegada en la esfera privada.⁷ Ello implica no

sólo la aspiración a continuar produciendo libros universitarios a partir de los postulados modernizadores y democratizadores sostenidos sobre la tradición reformista y laica, que marcó a la universidad de la etapa clausurada entonces, sino también la posibilidad de brindar una inserción a los que fueran sus protagonistas, despojados ahora de su ámbito propio. Si el proyecto editorial original se muestra prácticamente inviable en los años siguientes, debido a dificultades en su mayoría económicas, en cambio, Centro Editor no deja de operar para sus miembros como un espacio donde es posible proseguir la producción u obtener una formación que la universidad de entonces obturaba.

Esta condición parece haberse cumplido con intensidad en la fracción citada, cuyos integrantes se inician en la editorial siendo graduados universitarios recientes o con algunos años en la profesión. Centro Editor, nacido en un clima marcado por lo juvenil,⁸ se abre a este sector continuando así una tradición iniciada en EUDEBA con la incorporación de miembros como Aníbal Ford, Susana Zanetti y más tarde Beatriz Sarlo, egresados de la carrera de Letras. En general es posible decir, siguiendo a Graciela Montes, que constituye para licenciados en distintas disciplinas de las ciencias humanas y naturales, un verdadero “postgrado”, vedado en el medio académico⁹ Ricardo Figueira, Jorge Lafforgue, Josefina Delgado, y los citados Ford, Zanetti, Sarlo y Montes se cuentan entre ellos.

La función de postgrado se sustenta sobre algunas constantes de la *vida interna* de la editorial. El diálogo de los más jóvenes con gente de talento y saber, presente ya en EUDEBA, es una práctica frecuente. En el ámbito de las letras cumplen este papel tutelar miembros permanentes del *staff*, como Horacio Achával y el propio Spivacow, o colaboradores asiduos como Jaime Rest. Lafforgue recuerda:

*(...) Mientras estabas trabajando en esa colección armabas un grupo de gente (...). Jaime Rest era “el tipo”. Yo le decía - “Che, Jaime, tengo que hacer un volumen y nadie trabaja sobre los místicos ingleses del siglo XV” y él me decía - “Mañana lo tenés”.*¹⁰

La función formativa se cumple, además, mediante las horas que los colaboradores dedican al estudio dentro de las mismas oficinas con el fin de preparar las colecciones. El objetivo de la editorial es ofrecer un libro de rigor científico o de verdadero interés cultural, aun cuando el estilo sea el de divulgación. Ford define a Centro Editor como “una escuela, una fábrica, un hervidero de proyectos o, si se quiere, de investigación y desarrollo”.¹¹

En la historia intelectual de esta generación que se destacaría dentro del campo cultural una vez incorporada a la universidad del período democrático, el

aprendizaje adquirido en Centro Editor tiene una importancia decisiva. No obstante, la experiencia es fundamental para sus integrantes también en otro sentido. Durante la dictadura militar iniciada en 1976, su condición de refugio adquiere ribetes más dramáticos. Aquellos que no se exilian, pero están proscriptos de la institución universitaria, encuentran en ese marco un lugar de sobrevivencia económica a la vez que profesional: así, gran parte de la producción que ellos poseen como capital para aspirar a una inserción académica o en instituciones estatales como el CONICET a partir de 1983, proviene de la realizada en Centro Editor durante los años oscuros.¹²

Lo dicho hasta aquí indica que el equipo, y en particular la fracción analizada, está unido por ciertos nexos. A la distancia emerge con algunos rasgos que aproximan su peculiar configuración a la de las *formaciones culturales* características del siglo XX, estudiadas por Raymond Williams. Aquel tipo de asociación de artistas o intelectuales, en el cual la relación entre sus miembros, más laxa que en las instituciones formalizadas, se encuentra sostenida sobre un conjunto de principios comunes y se asemeja a la de un grupo de amigos.¹³

Hay que señalar no obstante su especificidad. Ella parece provenir de la configuración de la editorial como empresa cultural, diseñada como espacio de supervivencia económica y como acto de resistencia cultural desde la cual el equipo realizador aspira a seguir interviniendo en la sociedad. Así sus miembros operan, en un plano, como empleados o colaboradores frente a un gerente y responden a una organización en cierto modo empresarial. Pero, en otro, establecen simultáneamente, entre ellos y con el gerente mismo, un intercambio intelectual, ideológico y, en muchas ocasiones, afectivo, que parece aglutinarlos como formación.

Esta paradoja es, con frecuencia, fuente de tensiones. Escribir un libro con el sello de Centro Editor parece haber representado la posibilidad de expresar una posición frente a la cultura y la política y, al mismo tiempo, obtener por ello un dinero necesario. Josefina Delgado relata que al tomar la decisión de publicar un trabajo de características muy peculiares como directora de la colección "Historia popular", teme ser despedida. La angustia se agrava entonces porque espera su primer hijo.¹⁴

El hecho de haber configurado un grupo, sin embargo, es algo que muchos de sus integrantes acepta. En la memoria de algunos de ellos, no obstante, los nexos se representan más tenues: Centro Editor aparece en estas definiciones retrospectivas como el lugar donde se trama la amistad con quienes serían en adelante los interlocutores más cercanos e incluso los amigos más íntimos. Provienden de aquellos que, como Lafforgue, no trabajan como empleados fijos, sino que asisten con regularidad a las oficinas mientras dirigen una colección. El proyecto de la

editorial no es sentido, en cambio, como propio. “El proyecto era de Boris y todos colaborábamos en eso” afirma el autor.¹⁵

Incluso en esta perspectiva, parece cierto que los lazos entre los miembros de la institución se trasponen en ocasiones fuera del escenario de trabajo. Las fiestas organizadas para celebrar las fechas patrias y los aniversarios de la editorial, los asados de los viernes en la terraza de la oficina de la calle Cangallo durante la última dictadura, recordados por el propio Lafforgue, hablan de la existencia de una amistad más extendida, de la necesidad de la reunión y el tiempo extralaboral disfrutado en común. En otros, en cambio (aquellos que se han incorporado en calidad de miembros fijos del *staff*, como Amanda Toubes), el proyecto es vivido como colectivo y, por lo tanto, los límites del grupo aparecen mucho más nítidos. Para ella la editorial emerge como un “espacio compartido de construcción social”.¹⁶

Lo que parece evidente es que el carácter de grupo se fortalece en la etapa abierta en 1976. La conciencia de configurar un “nosotros” se afirma. Los códigos de la solidaridad se extreman, cada uno vela por la seguridad de los demás. El fantasma del período son las desapariciones forzadas de personas. Zanetti señala en este sentido que la represión y el repliegue instaurados por la dictadura eran, gracias a la solidez de los lazos sociales establecidos, relativamente soportables y no desarticulan totalmente a la editorial: “Nosotros -señala- éramos un grupo y eso es mejor para sobrevivir”.¹⁷

En la perspectiva complementaria, es posible preguntarse qué representan los miembros o colaboradores de la editorial en el imaginario del resto del campo cultural. Figueira señala, probablemente en referencia a la fracción analizada, que efectivamente ellos son, al menos en el presente, reconocidos como el “grupo de Centro Editor” por pares ajenos a la institución:

*(...) sí fue un grupo, no sé si fue Boedo o Florida, pero... además, bueno, creo que en el campo cultural nos distinguen como los de Centro Editor...*¹⁸

Por otra parte, la editorial no funciona sólo como el ámbito para el intercambio de los propios integrantes del equipo. Centro Editor parece haber constituido un verdadero *escenario de la vida intelectual*, ese espacio ofrecido por el salón, el café, la pequeña revista, indispensable, según Lewis Coser, para la elaboración y la circulación de las ideas en la modernidad. “No todos los intelectuales son gregarios,” señala Coser, “pero la mayoría necesita poner a prueba sus propias ideas en intercambio con aquellos a quienes considera sus iguales”.¹⁹ En sus oficinas se cruzan escritores y artistas plásticos que colaboran puntualmente con Centro Editor o cuyas obras van a ser editadas allí. Hasta 1974

o 1975 probablemente estas visitas y diálogos tienen un tono más distendido. Zanetti señala:

*Era gente intelectual la que hizo Centro Editor (...). Era fantástico como experiencia. Los colaboradores que pasaban por allí hacían intercambio, había intelectuales y artistas, incluso antropólogos como Hugo Ratier, psicólogos, una geógrafa como Elena Chiozza. Salieron por primera vez ahí cuestiones de ecología...*²⁰

Poetas y narradores como José Portogalo, César Tiempo, Carlos Mastronardi, Haroldo Conti, que sería secuestrado en 1976 por la dictadura, pasan entonces por la editorial. Los une la amistad con alguno de sus miembros. Es el caso de Conti, próximo a Achával.

Durante la etapa 1976-1983, seguramente el clima en este escenario estimulante es diferente, así como el sentido de las reuniones. Zanetti recuerda que con frecuencia se dan cita allí sobre todo los críticos literarios y escritores: Nicolás Rosa, Ricardo Piglia.²¹ Parecen ver en la editorial un territorio seguro donde debatir en libertad cuestiones para ellos de interés o preocupación.

Por una parte, los vínculos, laxos, que unen a esta asociación informal, parecen sostenerse en la coincidencia en torno a algunos *núcleos ideológicos*, más que en la afinidad partidaria. En la editorial predomina la apertura a un amplio espectro de adscripciones políticas progresistas, de izquierda, o bien a posiciones apolíticas. Figuras alguna vez cercanas al Partido Comunista o vinculadas en su juventud a agrupaciones afines a él, como el propio Spivacow, y muchas próximas al peronismo, conviven afines de la década del sesenta, en un momento en que este movimiento divide las aguas del campo cultural y de la sociedad.²² El respeto no excluye, sin embargo, la discusión. El disenso surge a raíz de ciertas afirmaciones emitidas en textos de historia, de ciencias sociales o dedicados a la cultura popular. Se despliega sobre todo entre los realizadores más jóvenes y está destinada a aclarar o matizar una aseveración determinada. En los años de mayor efervescencia y radicalización, parece regir en Centro Editor la idea de que los juicios vertidos deben ser cuidadosos. Se intenta evitar una intervención demasiado parcial en el espacio público. Así, frente a temas vinculados con el peronismo, como el de la figura de Eva Perón, la editorial procura no rozar la canonización.²³ Se trata de un esfuerzo valorable en estos intelectuales cada vez más atravesados por la política.²⁴

Por otra parte, el grupo está unido por *miradas y sentimientos comunes respecto a la cultura*, que no siempre el catálogo puede registrar. Junto a los diálogos y discusiones, el humor parece haber sido parte del clima habitual de trabajo y de

la relación entre sus miembros. No sólo en la forma del “chiste malo” que marca con frecuencia la conversación de Spivacow, sino en la forma más atenuada de la ironía, que también él sabe emplear con agudeza. La ironía, esa “forma restringida de la risa” surgida con la Ilustración, como apuntó Mijail Bajtin,²⁵ aparece a menudo en los debates sobre literatura. La mirada del grupo no es tampoco aquí sacralizadora, sobre todo en relación con la producción nacional a la que tanto impulso da la propia editorial. Es una mirada en cambio crítica y desmitificadora, aunque entusiasta. Zanetti recuerda, en tal sentido, que nadie pensaba que Verbitsky fuera Camus, o bien que ninguno era admirador total de Macedonio.²⁶ La desmitificación es una constante de estos años.²⁷ El grupo *Contorno* la había practicado ya con frecuencia en sus lecturas “parricidas” de la literatura argentina.²⁸ El humor, la crítica risueña pero, de cualquier modo, amante de los textos sobre los cuales ironiza, acerca a estos intelectuales a la posición de algunos movimientos de las vanguardias históricas. La seriedad, en cambio, había sido el tono de los integrantes de *Contorno*.²⁹

La presencia de rasgos vanguardistas se advierte también en las preferencias estéticas predominantes en particular en la fracción más joven. En el caso de la literatura, esto parece haber marcado una distancia respecto de Spivacow, adscripto a lo que sus miembros ven entonces como un gusto más ilustrado, próximo a la tradición del realismo decimonónico europeo.³⁰ Pero si por un lado los gustos personales y las posibilidades materiales determinan el armado de ciertas colecciones, como en el caso de algunas organizadas por Achával,³¹ se hilvana, para decirlo con una imagen de Walter Benjamin, ese particular “desorden” de las bibliotecas que el catálogo o la costumbre terminan por presentar como orden.³² La editorial procura, al mismo tiempo, dar cuenta sistemática de las diferentes líneas de la literatura nacional y universal, como queda claro en sus diferentes colecciones historiográficas.

En este sentido la fracción analizada parece haber compartido en la mayor parte de los casos esa actitud característica de los intelectuales de la universidad reformista como el propio Spivacow, que Sigal describe como “compromiso político y libertad cultural”.³³ Su mirada continúa la tradición de *los dos ojos* inaugurada por *Contorno*, esa focalización “no estrábica” de la cultura argentina y americana, según lo ha caracterizado Beatriz Sarlo.³⁴

Desde el punto de vista de las condiciones de producción, Centro Editor no se sume tampoco en el malestar de una posición periférica sino que, teniendo conciencia de trabajar en las condiciones desfavorables propias de un país situado en los márgenes, procura absorber de las metrópolis libros y propuestas teóricas. La

compra de colecciones a Italia o Francia, a las que enriquece con títulos vinculados al ámbito nacional o continental, resulta uno de los más claros ejemplos. Ford, atraído fuertemente ya a fines de los sesenta por el pensamiento nacionalista, o Delgado, han puesto de relieve la intensa circulación que los movimientos entonces renovadores de las ciencias sociales y humanas, como la historiografía de la vida cotidiana, tienen en este escenario intelectual. La modernización impulsada por la universidad reformista se prolonga aquí, aunque en cruce con la acentuación del interés por lo nacional, imbricado en algunas colecciones y títulos con preocupaciones características del populismo.

El sentido de postgrado que la editorial representaba para los miembros de esta fracción, se cumple con intensidad en el terreno de la crítica literaria. Anibal Ford, Susana Zanetti, Beatriz Sarlo, Luis Gregorich, Jorge B. Rivera, Jorge Lafforgue, Josefina Delgado, más tarde Andrés Avellaneda, adquieren su primera o más fundamental práctica disciplinaria en Centro Editor, algunos ya en la colección "Capítulo. Historia de la literatura argentina" lanzada en 1967. Esta generación de críticos, también en la línea abierta por *Contorno* durante la década del cincuenta, privilegia, ante todo, una visión modernizadora de los estudios literarios, capaz de cruzar la serie literaria con la social e histórica. Ser "modernos" parece haber constituido una aspiración relativamente consciente del grupo,³⁵ lo cual podría interpretarse como una voluntad de producir de acuerdo con los principales trazos del *aggiornamento* cultural de los sesenta: rigor en los conocimientos y actualización en los debates teóricos, interdisciplinarietà y sensibilidad respecto de los márgenes.

Precisamente un realizador de *Contorno* como Adolfo Prieto opera como asesor de *Capítulo* y otros, como Noé Jitrik y Rodolfo Borello, son autores de numerosos fascículos, confirmando esta línea de continuidad entre la relectura de la literatura argentina ejercida por aquella revista fundacional y la que se despliega desde Centro Editor. Es posible decir que la presencia de estas dos generaciones modernizadoras no excluye sin embargo, de acuerdo al "liberalismo de ideas" vigente en la institución, la colaboración frecuente de críticos formados en la generación de 1940 bajo el magisterio de Pedro Henríquez Ureña y Amado Alonso: Emilio Carilla, Enrique Anderson Imbert, Juan Carlos Ghiano.³⁶ Pero mientras sus nombres predominaban en EUDEBA, en Centro Editor se advierte ya un verdadero cambio de hegemonía, que expresa la transformación de un modo de sentir, de pensar y de representar a su objeto.

NOTAS

- ¹ Este trabajo forma parte de una investigación inédita más extensa sobre la editorial, realizada mediante una beca que me fuera otorgada por el Fondo Nacional de las Artes para el período julio de 1994-julio de 1995. Agradezco a los miembros entrevistados, los valiosos datos de su memoria y visiones personales, sin los cuales no me hubiera sido posible llevarla a cabo. Debo entre ellos además un especial reconocimiento a Susana Zanetti por su generoso asesoramiento a la hora de realizar las entrevistas. Agradezco asimismo a Alberto Noé sus útiles observaciones respecto al tema.
- ² Parece válido aplicar a estas producciones ese rasgo señalado por Beatriz Sarlo en relación con las revistas culturales: ellas “tienen su aura en el presente”, intervención en “El rol de las revistas culturales”, (mesa redonda, Buenos Aires, noviembre de 1992), *Espacios de crítica y producción*, Buenos Aires, junio-julio de 1993, p. XII.
- ³ Raymond Williams define, según es sabido, las estructuras de sentimiento como “experiencias sociales en solución”, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980, p. 156.
- ⁴ Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, p. 99 y subs. En tal sentido Alberto Noé ha estudiado la función cumplida por editoriales privadas como Abril o Paidós respecto a los intelectuales marginados durante el peronismo, entre ellos centralmente, Gino Germani, *Universidad y Sociedad: creación e institucionalización de la sociología académica en la Universidad de Buenos Aires*, tesis doctoral inédita, Universidad de São Paulo, 1995. Agradezco su sugerencia de revisar en la misma línea aunque en otro contexto, el papel de Centro Editor (conversación con la autora, Tucumán, diciembre de 1994).
- ⁵ Así lo denomina Oscar Terán; cfr. *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda en la Argentina 1955-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, cap. VIII.
- ⁶ Cfr. el panorama de estos años trazado por Noé Jitrik, “La producción ‘cultural’ 1972-1974. Las desventuras de la crítica”, *Cuadernos de Marcha*, segunda época, núm. 2, México, julio-agosto de 1979, pp. 39-48.
- ⁷ Oscar Terán ha señalado el carácter de universidad alternativa que se dibuja en la revista *Imago Mundi* (1953-1956) publicada por intelectuales excluidos o alejados de la universidad oficial durante el peronismo. Su función sería entre otras la de marcar “un sendero de lecturas” ausente en la misma, ob. cit., p. 36 *et passim* cap. II. Los rasgos que se abordan a continuación acerca de la historia de Centro Editor permiten pensar en esta institución en términos en cierto modo semejantes. Las determinaciones derivadas de su carácter de empresa así como las etapas históricas que debe atravesar marcan en cambio algunas de las diferencias.
- ⁸ Beatriz Sarlo, entrevista con Delia Maunás, en D. Maunás, *Boris Spivacow. Memoria de un sueño argentino*, Buenos Aires, Colihue, 1995, p. 195. Este libro, publicado mientras se desarrollaba nuestra investigación, aporta datos y testimonios imprescindibles

- para el trabajo sobre la editorial.
- 9 Graciela Montes, entrevista con D. Maunás, en Delia Maunás, ob. cit., p. 233.
 - 10 Jorge Lafforgue, entrevista con la autora, Buenos Aires, abril de 1995.
 - 11 Aníbal Ford, entrevista con D. Maunás, en D. Maunás, ob. cit., p. 180.
 - 12 Así lo ha señalado Ricardo Figueira, entrevista con la autora, Buenos Aires, abril de 1995.
 - 13 Raymond Williams, *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*, Barcelona-Buenos Aires, Paidós, 1981, p. 33. Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo analizan éste y otros conceptos propuestos por Williams en *Literatura/Sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983, cap. IV.
 - 14 Josefina Delgado, entrevista con la autora, Buenos Aires, abril de 1995.
 - 15 Jorge Lafforgue, entrevista citada con la autora.
 - 16 Amanda Toubes, intervención en "Homenaje a Boris Spivacow", coordinado por J. Lafforgue, XXI Exposición Feria Internacional de Buenos Aires. El libro del Autor al Lector, Buenos Aires, 23 de abril de 1995.
 - 17 Susana Zanetti, entrevista con la autora, Buenos Aires, junio de 1994.
 - 18 R. Figueira, entrevista citada con la autora.
 - 19 Lewis A. Coser, *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968, p. 19 *et passim* primera parte.
 - 20 S. Zanetti, entrevista citada con la autora.
 - 21 *Ibidem*.
 - 22 Cfr. el análisis al respecto de A. Ford, entrevista con D. Maunás, ob. cit., p. 184.
 - 23 Así lo ha observado J. Delgado, entrevista citada con la autora.
 - 24 El intelectual fusionado con lo político es característico del período, cfr. O. Terán, ob. cit, cap. VII; S. Sigal, ob. cit., en particular epílogo. B. Sarlo, "Intelectuales ¿escisión o mimesis?", *Punto de Vista*, núm. 25, Buenos Aires, diciembre de 1985, pp. 1-6 y Héctor Ricardo Leis, *Intelectuales y política (1966-1973)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991.
 - 25 Mijail Bajtin, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza, 1988, p. 110.
 - 26 S. Zanetti, entrevista citada con la autora.
 - 27 O. Terán ha señalado que constituye una "palabra clave de los *sixties*", "Intelectuales y política en la Argentina 1956-1966", *Punto de Vista*, núm. 37, Buenos Aires, julio de 1990, p. 21.
 - 28 Caracterización ya clásica de la labor crítica del grupo otorgada por Emir Rodríguez Monegal a partir de una expresión de H. A. Murena en *El juicio de los parricidas. La*

-
- nueva generación argentina y sus maestros, Buenos Aires, Deucalión, 1956. B. Sarlo la revisa en "Los dos ojos de *Contorno*", *Revista Iberoamericana*, núm. 125, Pittsburgh, octubre-diciembre de 1983, pp. 797-807.
- ²⁹ Carlos Mangone y Jorge A. Warley señalan el "espíritu de seriedad", de impronta sartreana, de *Contorno*, *La modernización de la crítica. La revista "Contorno"*, en *Capítulo. La historia de la literatura argentina*, fascículo núm. 122, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1981, p. 440. Cfr. p. ej., el texto de uno de sus integrantes, Juan José Sebrelli, "Los 'martinfieristas': su tiempo y el nuestro", en David Viñas y otros, *Contorno. Selección*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1981, pp. 7-11.
- ³⁰ B. Sarlo, entrevista con D. Maunás, ob. cit., pp. 198-199.
- ³¹ Entre ellas, la "Serie del Encuentro", lanzada en 1966.
- ³² Walter Benjamin, "Desembalo mi biblioteca", en *Cuadros de un pensamiento*, Buenos Aires, Imago Mundi, 1992, p. 106.
- ³³ S. Sigal, *op. cit.*, pp. 89-99 y epílogo.
- ³⁴ B. Sarlo, "Los dos ojos de *Contorno*", ob. cit..
- ³⁵ S. Zanetti ha señalado que se privilegian en los estudios sobre la literatura las "visiones modernas", entrevista citada con la autora. Cfr. respecto a *Contorno*, C. Mangone y J. A. Warley, *La modernización de la crítica. La revista "Contorno"*, ob. cit..
- ³⁶ B. Sarlo ha señalado que Spivacow practica siempre un "liberalismo de ideas", "B. Spivacow: la muerte del constructor", *Punto de Vista*, núm. 49, Buenos Aires, agosto de 1994, p. 48. Es posible extender esta caracterización a muchas de las actitudes del grupo analizado. Para una revisión de las diferentes generaciones de críticos que participan en *Contorno*, cfr. J. Lafforgue, entrevista con D. Maunás, en D. Maunás, ob. cit., pp. 190-191.